

Una vez más la cuestión de la culpa

He seguido con detenimiento el asunto que se ventila desde hace varias semanas, y que a todas luces suscitaron las seis páginas que El Tiempo le dedicó a nuestro “Museo de la Infamia- Las fosas de los paras”. (24 de Abril de 2007).

El dossier, técnicamente impecable, hecho para sensibilizar a una opinión ya de por sí saturada de imágenes forenses, por las opiniones de alguna experta que lo acompañan, y que parte del supuesto que la opinión se ha mostrado insensible, termina redundando y denota una intención implícita, algo gratuita, y en todo caso, a mi juicio, excesiva y pedante. El trabajo periodístico fue hecho con seriedad y máximo detalle, de seguro, los testimonios y las imágenes, escogidos con criterio, con carácter de denuncia y (por que no: es del todo legítimo) con la mira puesta en alguno de los premios al periodismo investigativo. Algunos de los supuestos, parte de la intencionalidad, y sobre todo las opiniones con las que el informe concluye, y así como algunas de las reacciones que se han hecho públicas de modo subsiguiente son las que merecen una réplica.

“Tanatomanía” fue la expresión a la que se acogieron los pioneros de la investigación sobre la violencia, para titular el capítulo del clásico La violencia en Colombia (junio de 1962) en que describen con toda minuciosidad las técnicas del asesinato y de la vejación a las víctimas que proliferaron en los años 40 y 50 del siglo pasado. Se trataba de describir y a la vez de denunciar todo lo que los asesinos dejaban “escrito” en el cuerpo de sus víctimas: aparecen allí descritas al detalle el “corte de franela” y las distintas vejaciones y técnicas del asesinato. Y los pioneros terminan subrayando, como un postulado ético, la culpa colectiva: “todos somos culpables, todos somos responsables”. Establecían una “comunidad en la culpa” que tenía claras raíces religiosas. Lo que entonces fue indispensable y acorde a los medios de difusión de que se disponía, ahora, en que lo que se palpa más bien es la saturación, por ende resulta desproporcionado, efectista. Siendo la descripción del todo necesaria en nuestros días, y los detalles e ilustraciones

técnicas que se divulgan, indispensables; lo que resulta superfluo es el tono pontifical que la acompaña, tono pontifical de quienes habiendo sido investigadores (como tales habiendo disfrutado de autonomía y apoyo para sus trabajos) ahora, convertidos en funcionarios, erigen su propio pedestal e imparten desde él constancias de “buen comportamiento”, de intensidad en cuanto a la vergüenza que se deba sentir frente a la profusión de los hechos criminales. Y de modo correlativo, hoy por hoy, la reiteración de lo que haya de culpa colectiva, tiende a soslayar las responsabilidades concretas. Pues ya está bien asimilada la lección de lo que significó hablar en genérico en los años 50: ontologizar la violencia, considerarla no solo un rasgo esencial de nuestro modo de ser colectivo, sino un ser en sí misma, lo cual contribuyó a diluir las responsabilidades partidistas, grupales e individuales. He ahí porqué a los analistas extranjeros les pareció notable, e inadecuado, que para designar a un período concreto de nuestra historia, y a una serie de responsabilidades específicas, tanto en el lenguaje académico de entontes, como en el habla coloquial de los colombianos se acuda al término más abstracto: “la Violencia”.

María Victoria Uribe, constata, al final del dossier la “persistencia en las prácticas de desmembramiento”. “un problema de duelo tremendo”. Pero fatalismo y autoflagelación se confunden con el duelo necesario. El tono y las palabras escogidas subrayan lo eterno, lo ineluctable del ciclo. Una dramatización, una “puesta en escena” que se detiene y termina realizando lo macabro, y evoca el título de uno de sus trabajos: “Matar, rematar, contramatar” Afirma además María Victoria: “A la sociedad bogotana le importa un carajo que descubran 15 cadáveres en Sucre” ¿En qué se basa para afirmarlo? ¿A qué tipo de sociedad se está refiriendo? ¿Es un juicio sobre la totalidad de los bogotanos? Si lo es, resulta grueso y equivocado, y, además, carece de fundamento empírico. (A menos que consideremos tal un sondeo hecho por SEMANA- Edición 1305 de Mayo 7- a 719 personas, “encuestas ponderadas” las llama la ficha técnica) Tales tecnicismos en letra menuda, no parecen interesar a la

mayoría de los periodistas. Se hace una fácil extrapolación y prescindiendo de las cautelas y tecnicismos de la técnica del muestreo, se ha aceptado sin digerir que tal resultado es “lo que los colombianos piensan” acerca del paramilitarismo y la política. Por cierto que no se ha logrado aclimatar acá una distinción clave entre encuesta propiamente dicha (survey) que supone una muestra representativa, proporcional, y cuidadosamente ajustada al universo sobre el que se quiere indagar, y sondeo (poll) que no tiene las mismas exigencias ni el mismo rigor, y que apenas permite entrever tendencias. Se hacen extrapolaciones (“el 25% de los colombianos es tolerante con los paramilitares” asevera SEMANA, apoyada en dicho sondeo) que se asemejan en todo y por todo a aquellas otras invocaciones sobre la “sociedad civil”, todo un dechado de buenas intenciones que en su momento de auge contaba con tantas definiciones como personas que invocaban el concepto. Por su parte, si la conocida antropóloga, y asesora de la Comisión se está refiriendo a la “buena” sociedad, también es infundado. Se han visto por el contrario segmentos muy distintos, y si hablamos de la composición social de las ONG’s más activas en la denuncia de los hechos y en la exigencia de justicia, resulta muy heterogénea. Es ese estilo de análisis, son los análisis por estrato socioeconómico, las nítidas distinciones entre clases sociales, respecto de cualquiera de los problemas de las sociedades de hoy, los que se muestran, por el contrario, muy anacrónicos. Siendo indispensables para el diseño de estrategias redistributivas, y la definición de lineamientos de política económica, resultan del todo inadecuados para la percepción de valores y actitudes, de los complicados matices y del mosaico de la sensibilidad. Y en otras latitudes hace mucho rato se les abandonó del todo. La victimización difusa y blanda, sentimentalizar el sufrimiento, la tranquilidad de conciencia que se obtiene aceptando, sin más una división neta y límpida entre los verdugos y las víctimas, resultan espúreos y era, por cierto, lo que más le rebelaba a un sobreviviente de Auschwitz como Primo Levi, quien a propósito escribió: *“Toda víctima debe ser compadecida, todo superviviente debe ser ayudado y*

compadecido, pero no siempre pueden ponerse como ejemplo sus conductas”.

Al impartir sobre bases tan endeble descalificaciones y atribuciones de sensibilidad, con su toque de fariseísmo o de actitud bienpensante, al adoptar un tono tan categórico en la proclamación de la sensibilidad propia, del sentimiento de vergüenza frente a los hechos más violentos como algo exclusivo de unos cuantos, se descalifica quienes simplemente no han podido expresarse al respecto. Y todo ello tan contaminado por lo “políticamente correcto” que mas bien lo que denota es un grado de mala conciencia, de escrúpulos algo tardíos de quienes se han dejado afectar por lo que llamaba un ingenio “el virus de la cooptación”: han resignado su capacidad de análisis independiente, a favor del desempeño de una función que por pública que sea, depende de lo que el gobierno decida. Ése sí un asunto sensible que hasta ahora no ha merecido suficientes comentarios: cómo se han integrado a las comisiones gubernamentales de desarrollo o aplicación de la Ley de Justicia y Paz, un buen número de los “violentólogos” que llevaban a cabo sus análisis en sector académico. Lo cual a todas luces les resta independencia. Varios han argumentado en público sus razones, aludiendo a la “ventana de oportunidad” que se abre, al acceso a información (documentos y testimonios de primera mano) pero sin el pudor necesario para reconocer que a cambio, al vincularse, a la vez que pierden independencia brindan legitimación a un proceso que debería ser analizado de modo más circunspecto.

No es sensibilidad lo que falta en el común de la gente, es capacidad y tiempo para procesar la multitud de hechos dispersos sobre los que se informa, es “velocidad de procesamiento” como diría un experto en sistemas; es la posibilidad de establecer conexiones, sopesar las evidencias, volverlas a interrogar, decantarlas en fin y atribuirles un sentido, todas las cuales son funciones que se supone el investigador, el intelectual, debería cumplir, esos sí esenciales, como no lo es el sermoneo.

La atribución unilateral, la atribución genérica, el tipo de argumentación que hasta ahora se nos propone acerca del viejo problema de la culpa terminan siendo pues, tan sinuosos, tan sibilinos, como la propia orientación editorial del periódico en el que todo esto se ventila, orientación que, sabemos sus lectores, es camaleónica y fluctuante, depende del día y de la sección.

Fernando Cubides C

22. V. 2007.